

“La caridad ecuménica a 500 años de la Reforma”

La virtud de la caridad adquiere distintas modalidades cuando se plantean exigencias especiales. Se habla, por ejemplo, de la “caridad pastoral”, cuando el amor se encarna en el ejercicio de una misión pastoral. Se habla de “caridad política” cuando se expresa en el compromiso en la vida pública y en la búsqueda del bien común. Ahora se me pidió hablar de la “caridad ecuménica”. Nos preguntamos entonces cuáles son esas notas y manifestaciones de la caridad que se viven en medio del camino ecuménico. O, dicho de otra manera, cómo el ecumenismo se resignifica cuando se lo piensa desde la caridad.

Hablar de ecumenismo desde el punto de vista del ejercicio de la caridad hace que los demás no sean percibidos ya como seres separados o distantes, como competidores o como peligros, sino como hermanos. El diferente pasa a ser aquel a quien me uno por el ejercicio de la caridad, y esta virtud produce una unión real, más fuerte que cualquier otro lazo. A quinientos años de la Reforma podemos hablar del ecumenismo como ejercicio de la caridad que nos une.

La caridad

Para comprender el sentido completo de lo que estamos diciendo, necesitamos recordar qué decimos cuando hablamos de caridad, y para ello, lo primero es volver a la fuente bíblica.

La palabra “agape” no existía en la literatura griega clásica. En el Antiguo Testamento solía indicar el amor de pareja, pero llegó a utilizarse para hablar del amor entre el pueblo y Dios: “Recuerdo la fidelidad de tu juventud, el amor de tus desposorios, cuando me seguías por el desierto... Israel era algo sagrado para el Señor” (Jer 2, 2-3). Se produjo así un enorme salto de sentido, que dio paso a la riqueza que se desarrolló ampliamente en el Nuevo Testamento.

En el Antiguo Testamento encontramos otras expresiones de la misma familia, como “agápesis”, que se utiliza también para hablar del amor de Dios a su pueblo (Dt 4, 37; 7, 8.13; 10, 5; Is 41, 8), y a veces se expresa con particular belleza: “Porque tú eres de gran precio a mis ojos, eres valioso y yo te amo” (Is 43, 4). “Cuando Israel era un niño, yo lo amé” (Os 11, 1). “Por su amor y su clemencia, él mismo los salvó, los levantó y los llevó” (Is 63, 9).

El camino se fue preparando así para que esta palabra, en el Nuevo Testamento, pudiera expresar ese amor sublime que es el fruto principal del Espíritu Santo.

Desde el seno de la Trinidad

El amor es lo que mejor manifiesta en esta tierra el dinamismo del Espíritu Santo, que es el Amor por excelencia, que une al Padre y al Hijo. Cuando nosotros amamos, vivimos y manifestamos el misterio del Espíritu Santo y nos unimos especialmente a él. San Pablo resalta esta íntima unidad que hay entre el Espíritu Santo y el fruto del amor cuando afirma que “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rm 5, 5).

En los escritos de Juan se usa el mismo verbo “agapáo” para referirse al amor del Padre hacia el Hijo y también para referirse a nuestro amor hacia ellos y al amor entre nosotros. Con ese verbo se dice que “el Padre ama al Hijo” (Jn 3, 35), y Jesús afirma: “El Padre me ama” (Jn 10, 17). Con ese mismo amor Jesús ama al Padre: “Que el mundo sepa que yo amo al Padre” (Jn 14, 31). Con ese mismo amor Jesús nos ama: “Como el Padre me amó, también yo os he amado” (Jn 15, 9). Con ese mismo amor nos pide que le amemos: “El que me ama será amado por mi Padre” (Jn 14, 21). Y el Padre nos ama con el mismo amor con que ama al Hijo: “Los has amado a ellos como me amaste a mí” (Jn 17, 23).

Con ese mismo amor sobrenatural nos pide que nos amemos entre nosotros: “Así como yo os he amado, amaos también los unos a los otros. En esto reconocerán que sois mis discípulos” (Jn 13, 34). Ya que se trata del mismo amor, quien ama así al hermano “permanece en la luz y nada lo hace tropezar” (1 Jn 2, 10). En cambio, “el que no ama a su hermano” no es de Dios (1 Jn 3, 10), ya que “el que ama a Dios debe amar también a su hermano” (1 Jn 4, 21). En el fondo, esto debe ser así por una razón: porque “el amor procede de Dios, y el que ama ha nacido de Dios” (1 Jn 4, 7), ya que “Dios es amor” (1 Jn 4, 8). En definitiva, “nosotros amamos porque Dios nos amó primero” (Jn 4, 19). Por lo tanto, “si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros” (1 Jn 4, 12).

La última consecuencia de esto es que, para discernir si estamos unidos a Dios por el verdadero amor, el signo más importante es el amor a los hermanos: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte” (1 Jn 3, 14).

Volviendo a san Pablo, vemos que él también utiliza la misma palabra para hablar de nuestro amor hacia el Padre (ver Rm 8, 28), del “amor de Dios” (Rm 8, 39; 2 Co 13, 13) y del “amor de Cristo” (Rm 8, 35), que “me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Ga 2, 20). También en Pablo, esa misma palabra es la que expresa el amor entre nosotros: “Que la única deuda con los demás sea la del amor mutuo. El que ama al prójimo ya cumplió toda la ley... El amor no hace mal al prójimo. Por lo tanto, el amor es la plenitud de la ley” (Rm 13, 8.10). Su fuente última es el Padre, quien “por el gran amor con que nos amó, nos hizo revivir con Cristo” (Ef 2, 4).

Entonces, en el amor fraterno realmente participamos de la vida íntima de la Trinidad. Es importante reconocer que el amor entre nosotros, también el amor entre católicos y evangélicos, se alimenta de ese dinamismo divino de amor y entra en ese ámbito sobrenatural y trinitario.

Santo Tomás de Aquino enseña que la caridad es una unión y una inclinación. Por una parte es una “unión del afecto” (ST II-II, 27, 2), y aplicada al ecumenismo adquiere un sentido precioso. Si puedo ejercer la caridad con mi hermano no católico, entonces el ecumenismo parte de una unión, más que de una separación. No de una mera unión externa, sino de una verdadera e íntima unidad obrada por la gracia.

Pero la caridad es también una “inclinación hacia” el otro buscando una mayor unión. Esto ocurre en definitiva porque el ser humano fue creado por la Trinidad, donde “Dios está presente en la voluntad como lo amado en el amante, y como inclinándose hacia el amado” (S. Tomás, CG IV, 19). En la descripción que hace Santo Tomás sobre la caridad también hallamos esta idea de la “inclinación hacia”: “La caridad importa cierta unión afectiva entre el amante y el amado, en cuanto el amante se mueve hacia el amado considerándolo como uno consigo” (ST II-II, 27, 2). La

inclinación propia de la caridad hacia el otro, reproduce y prolonga la inclinación que hay entre el Padre y el Hijo en el Espíritu.

Ahora, teniendo este marco de la caridad, podemos reconocer la diferencia entre un ecumenismo meramente formal y el ecumenismo como ejercicio de esta caridad. El ecumenismo puede ser una organización de acciones diplomáticas, que nos permiten mostrarnos hacia afuera en una relación correcta y respetuosa. Pero puede ser también resultado de un movimiento interno de inclinación afectiva hacia el otro buscando una mayor unión. Esto cambia profundamente la mirada y el sentido: hablamos de cada acción ecuménica como un ejercicio de la caridad que nos inclina hacia los otros cristianos con el objetivo principal de lograr una mayor unión.

Crece

Dado que el modelo del verdadero amor es el Espíritu Santo, que es Amor infinito entre el Padre y el Hijo, la caridad ecuménica está siempre llamada a un desarrollo. De hecho, san Pablo exhortaba a los hermanos: "que el Señor os haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros y hacia todos" (1 Ts 3, 12). "Fuisteis enseñados por Dios mismo para amaros los unos a los otros... os exhortamos, hermanos, a que sigáis progresando más y más" (1 Ts 4, 9-10). El llamado al amor no tiene límites ni fronteras.

Y no deberíamos tenerle miedo a ese crecimiento constante del amor, tampoco en nuestra relación con los no católicos, hasta llegar a donde ni siquiera podemos imaginar. Dejemos que el amor crezca, que pida más y que derrame más. Así lo explicaba santo Tomás de Aquino: "La caridad, en razón de su naturaleza, no tiene término de aumento, ya que es una participación de la infinita caridad, que es el Espíritu Santo".¹

San Francisco de Sales remarcaba que el amor es un movimiento, una búsqueda constante que hace todo lo posible para unirse más y más al amado.² Por esa razón, el verdadero amor es siempre creativo. No sólo desea la unión con el que ama, sino que "busca todos los medios necesarios para conseguirla".³ Hacer ecumenismo, entonces, se traduce en distintos caminos que procuran acrecentar entre nosotros la caridad fraterna que nos une.

Este crecimiento puede ser intensivo, en cuanto la caridad se arraiga más en nosotros y se intensifica. Pero también puede ser extensivo, y esto implica hablar a largo plazo. Porque ¿cómo crece extensivamente la caridad? Cuando logra vivirse y expresarse en nuevos ámbitos. Llegará un día en que se expresará plenamente también en el ámbito del culto, es decir, en la participación común en la única Eucaristía.

Amor activo

¿Cómo se produce el crecimiento intensivo de la caridad y de la unión? Sencillamente con actos, y especialmente con actos más intensos de amor, también en las relaciones ecuménicas. La ausencia

¹ S. Tomás de Aquino, STII-II, 24, 7.

² Ver: San Francisco de Sales, *Tratado del Amor de Dios*, I, 7

³ *Ibíd.*

de actos que expresen el amor al otro debe ser siempre un llamado de atención. Por eso Pablo dice a los corintios: "Quiero que mostréis la sinceridad de vuestro amor mediante la solicitud por los demás" (2 Co 8, 8). Se refiere particularmente a la generosidad con quienes pasan dificultades (ver 2 Co 8, 14) e insiste: "probadles entonces vuestro amor" (2 Co 8, 24). De hecho, en su himno al amor, san Pablo describe cuáles son las características del verdadero amor, y vemos que se refieren al amor fraterno: es paciente, servicial, perdonador, sin envidia, etc. (ver 1 Co 13, 4-7). Por eso mismo, cuando quiere resumir en una sola cosa la Ley divina, afirma que se cumple plenamente "en un único precepto: amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Ga 5, 14). Con otras palabras lo expresaba san Juan: "Si alguien vive en la abundancia, y viendo a su hermano en la necesidad, le cierra su corazón, ¿cómo permanecerá en él el amor de Dios" (1 Jn 3, 17).

No estamos hablando de actos vacíos, superficiales, hechos por obligación, en un activismo superficial y ansioso. Nos referimos a actos que brotan de la fuerza y de la profundidad del amor: "Todo lo que hagáis, hacedlo con amor" (1 Co 16, 14). Por eso, "aunque reparta todos mis bienes y entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve" (1 Co 13, 3).

Siguiendo esta línea, decía Santo Tomás que "del amor por el cual a uno le es grata la otra persona depende que le dé algo gratis".⁴ Seré incapaz de darle algo gratis, por puro amor, si no he podido captar cuánto vale mi hermano, qué grato es más allá de lo que se ve, y cuánta belleza posee por ser creatura amada por el Padre y salvada por Jesucristo. Gracias a ese amor puedo ver la belleza que está detrás de la apariencia. Por eso el amor sobrenatural se llama "caridad". Esta palabra agrega algo a la palabra "amor", porque expresa que el ser amado es "caro": "es estimado como de alto valor".⁵

Ninguna diferencia que tengamos con los no católicos debería ensombrecer esta captación y este aprecio del alto valor del otro: hijo del Padre, redimido por Cristo, bautizado en el Espíritu: posee un inmenso valor para mí. Y esto tiene una importancia enorme, es lo primero.

Amor que abre horizontes

En el camino ecuménico hay oscuridades, hay temores, hay sombras. Si uno pone en primer lugar algunas diferencias doctrinales, podría pensar que es imposible superarlas. Pero cuando el amor toma el corazón y lo mueve, permite superar los miedos, las desconfianzas, las dudas. Porque, aunque nuestra mente no vea claro, el amor nos hace correr a oscuras. Eso vale más que cualquier conocimiento, porque "el conocimiento hincha, pero el amor edifica" (1 Co 8, 1). Es más, el amor, que nos pone en contacto con toda la riqueza de Dios, es la fuente de una forma superior de conocimiento. Cuando somos "arraigados y edificados en el amor" (Ga 3, 18) podemos "conocer el amor de Cristo que supera todo conocimiento" (3, 19).

Esto vale no sólo para nuestro amor a Cristo sino para nuestro amor fraterno. Por eso Pablo exhortaba a los hermanos: "Que unidos estrechamente en el amor, adquiráis la plenitud de la inteligencia en toda su riqueza... todos los tesoros de la sabiduría" (Cl 2, 3). La unidad fraterna es, ella misma, fuente de mayor sabiduría. Esta forma superior de conocimiento, que brota del amor, también nos guía y nos orienta para discernir lo que nos conviene: "Que el amor de ustedes crezca

⁴ STI-II, 110, 1.

⁵ *Ibíd*, 26, 3

cada vez más en el conocimiento y en la plena comprensión, para que podáis discernir lo que es mejor” (Flp 1, 9-10).

Y si en el camino ecuménico puede haber momentos duros e incomprendidos, la caridad es un amor que llega también a los que piensan diferente. El Papa Francisco explica que “esto no es posible cuando reina un pesimismo que destaca defectos y errores ajenos, quizás para compensar los propios complejos”.⁶ Cuando eso ocurre, nos convertimos en enemigos de todos, incapaces de desear la felicidad de los demás. Pero si hacemos el bien a quienes se parecen a nosotros, el Evangelio nos pregunta: “¿Qué gracia (jáis) tiene eso?” (Lc 6, 33) o “¿qué hacéis de más (perisson)?” (Mt 5, 47). Se trata entonces de superar todo lo que parece normal o razonable, hasta llegar al amor “más grande” (Jn 15,13).

Algunas expresiones específicas de la caridad ecuménica

Las expresiones de esta caridad ecuménica pueden ser muy variadas, pero reales y concretas. Por ejemplo:

Interceder unos por otros es una expresión exquisita y posible de la caridad.

También servirnos unos a otros, ayudarnos en nuestras necesidades, acompañarnos en el dolor, visitarnos si estamos enfermos o presos; es decir, aplicarnos unos a otros las obras de misericordia. Al mismo tiempo, desde el amor que capta el valor del otro y reconoce en él la acción del Espíritu, podemos iluminarnos mutuamente a partir de nuestras distintas experiencias pastorales y misioneras, compartiendo nuestras buenas prácticas.

Otra expresión es el diálogo gratuito, no necesariamente acerca de cuestiones teológicas, sino el diálogo que pueden tener los amigos. Es aun ese dejarse estar en un café hablando de nuestras vidas.

La caridad no excluye tampoco la conversación acerca de las convicciones de cada uno. Es un intercambio de dones. También es un acto de caridad intentar mostrarle al otro la belleza armoniosa de la propia verdad. Por ejemplo, mostrando a un evangélico el sentido cristológico de la propia piedad mariana. Pero cuando uno ama, al mismo tiempo escucha mejor y logra comprender la perspectiva del otro. El diálogo luterano católico acerca de la justificación fue, de hecho, enriquecedor para ambas partes.

La fuerza salvífica de la caridad

Pero vamos ahora a otro punto de la teología de la caridad que puede iluminarnos en el ecumenismo. Nosotros muchas veces hemos asociado las posibilidades de salvación a la pertenencia a la Iglesia, a la rectitud doctrinal o al cumplimiento de determinadas normas bajo pena de condenación. Pero la teología católica y el Magisterio han avanzado en la reflexión sobre la real posibilidad de salvación fuera de la Iglesia Católica y de su marco doctrinal y normativo.

En realidad el Evangelio destaca mucho más otros caminos salvíficos. Por ejemplo, nos promete esto: “Den y se les dará [...] La misma medida que usen con los demás se usará con ustedes” (Lc 6, 38). También proclama: “Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia” (Mt 5,7). Es una promesa preciosa para el que da, resaltada también en otros textos bíblicos: “Quien se apiada

⁶ Francisco, *Amoris laetitia* 100.

del pobre da a Yahvé, y recibirá su recompensa" (Pr 19, 17). "No vuelvas tu rostro ante ningún pobre y Dios no apartará de ti su rostro" (Tb 4, 7). El profeta Isaías lo decía con otras palabras, cuando se preguntaba qué es lo que más agrada a Dios:

"¿No será partir al hambriento tu pan? [...] Entonces brotará tu luz como la aurora y rápidamente se curará tu herida [...] Si repartes al hambriento tu pan, y dejas saciado al afligido, entonces brillará tu luz en las tinieblas, y lo oscuro de ti se volverá mediodía. Yahvé te guiará continuamente..." (Is 58, 7.8.10-11).

También hay una advertencia del apóstol Santiago que contiene una hermosa promesa: "Tendrá un juicio sin misericordia el que no tuvo misericordia; pero la misericordia triunfa en el juicio" (St 2, 13). *¡La misericordia nos hace salir triunfantes cuando nuestra vida es juzgada! Si somos misericordiosos nuestra existencia es un triunfo luminoso.*

Muchos otros textos bíblicos confirman el valor salvífico de la generosidad fraterna. Vale la pena leer algunos de ellos para terminar de convencernos:

"Rompe tus pecados con obras de justicia, y tus iniquidades con misericordia para con los pobres" (Dn 4,24).

"La limosna libra de la muerte y purifica de todo pecado" (Tb 12,9).

"Como el agua apaga el fuego llameante, la limosna perdona los pecados" (Si 3,30).

"Tened ardiente caridad unos por otros, porque la caridad cubrirá la multitud de los pecados" (1 Pe 4,8).

Jesús nos pide en el Evangelio: "Vosotros recibisteis gratuitamente, dad también gratuitamente" (Mt 10, 8). Cuando damos gratuitamente, imitamos y prolongamos la generosidad de Dios, que es "Padre de los huérfanos" (Sl 68, 6), que "a los hambrientos colmó de bienes" (Sl 107, 9), que es "compasivo y misericordioso" (Ex 34, 6), que "levanta al pobre de la basura" (Sl 113, 7). Jesús dice que las personas que dan generosamente a los buenos y a los malos, a los amigos y a los enemigos, sin esperar recibir algo, se vuelven semejantes al Padre Dios, y serán "hijos del Altísimo" (Lc 6, 35). Entonces, la misericordia gratuita "se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos".⁷

Recordemos un hecho muy significativo, narrado en la carta a los Gálatas. Cuando san Pablo se acercó a los Apóstoles de Jerusalén para saber "si no corría o había corrido en vano" (Ga 2, 2), le dijeron que lo que él hacía estaba bien. Pero sólo le recordaron "que debía tener presentes a los pobres" (Ga 2, 10). Sólo eso le reclamaron. Este pasó a ser entonces el gran criterio de Pablo para asegurarse de vivir y trabajar en la comunión eclesial: acordarse de los pobres. Se convirtió en una cuestión esencial. Es el mismo criterio que nos permite a nosotros reconocer si realmente estamos abiertos a la luz del Evangelio. El Papa Francisco indicó que este criterio "tiene una gran actualidad en el contexto presente, donde tiende a desarrollarse un nuevo paganismo individualista. La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha" (EG 195).

Por eso, lo más importante cuando pienso en los no católicos, es desear y rogar que en sus comunidades cristianas se viva la caridad, porque de ese modo estará presente el camino salvífico del amor, que nos une por encima de todas las diferencias.

⁷ *Ibíd.*

Dice Santo Tomás que la virtud más grande de Dios es la misericordia, ya que “le compete derramarse en los otros, y, lo que es más aún, socorrer sus deficiencias” (ibíd). ¡Qué hermosa expresión! Lo más propio del obrar divino es “derramarse en los otros”, como un cántaro, como un manantial. Por eso, donde el evangelio de Mateo dice “sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5, 48), el de Lucas simplemente traduce: “sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6, 36).

Si la misericordia es la virtud que mejor refleja el obrar de Dios, podemos decir con santo Tomás que en ella se resume nuestra religión: “En cuanto a las obras exteriores la suma de la religión cristiana está en la misericordia” (ibíd, ad 2). Frente a esta respuesta, uno se pregunta si no son más importantes los actos de culto a Dios, y que lleguemos a estar unidos en la común celebración de la Eucaristía. Pero santo Tomás insiste, y explica que lo que mejor expresa nuestro amor a Dios no es un acto de culto, sino el ejercicio de la caridad fraterna. Así lo explica: “Dios no necesita nuestros sacrificios [...] Por lo tanto la misericordia, por la que socorremos las carencias ajenas, al producir más directamente la utilidad del prójimo, es el sacrificio que más le agrada” (ibíd, ad 1). El Señor no necesita nuestros actos de culto, pero sí necesita que seamos sus instrumentos para poder llegar al otro con su amor y su ayuda.

Si con los hermanos no católicos no podemos compartir el culto eucarístico, si no nos encontramos en la Eucaristía, que es el sacramento del amor, sí podemos compartir los signos y manifestaciones más perfectas de ese sacramento viviendo en caridad. De ese modo, en la caridad, se realiza una forma de comunión inmensamente valiosa a los ojos de Dios.

Distintos contextos salvíficos

¿Esto podría decirse también de las demás Religiones no cristianas? La Comisión Teológica Internacional emitió el documento “El Cristianismo y las Religiones” (1998). Allí se dice que “ni siquiera la pertenencia a la Iglesia visible tiene valor salvífico si no se pertenece, por el amor, al “corazón” de la Iglesia (II.4; 72). Por eso el documento especifica que “es el amor a Dios y al prójimo, hecho posible por el único Mediador, Cristo, la única vía para alcanzar a Dios mismo” (III.1; 87), y que los no cristianos “entran en la comunión de los llamados al Reino de Dios practicando el amor a Dios y al prójimo” (II.4; 73).

Por lo tanto, lo que el documento valora en las demás Religiones en general es ante todo la posibilidad que brindan de tener actos de culto “en unión con los demás hombres” (III.1; 87), impidiendo una práctica religiosa individualista.

Esto vale también para las celebraciones eucarísticas de la Reforma, aunque allí no haya para nosotros una celebración válida que garantice la presencia real. Por eso, aunque tengamos diferencias importantes con otras confesiones cristianas en nuestra comprensión de la Eucaristía, no podemos dejar de reconocer que la celebración de ellos puede ser una real manifestación y actuación del amor a Cristo y al prójimo. En ese amor, que se vive en la celebración, estamos unidos.

Recordemos aquella celebración a la que convocó Juan Pablo II en el Coliseo para reconocer a los mártires de las distintas confesiones cristianas. Los mártires están en el cielo. Pero lo que hace

posible el martirio y lo que abre las puertas del cielo es en definitiva lo mismo: la caridad vivida en la propia comunidad. Y son sus comunidades las que han abierto a esos diferentes mártires el camino de la vida cristiana, son sus comunidades las que alimentaron la caridad en sus celebraciones y así los prepararon para el martirio y en definitiva para la gloria celestial.

Para cerrar, quiero hacer notar que los análisis de tipo exclusivamente jurídico o canónico suelen dejar afuera estas consideraciones sobre aspectos soteriológicos, relacionados con la gracia y la caridad. Y sin embargo son los aspectos más importantes. Por eso me parece sumamente valioso que ustedes hayan querido reflexionar sobre este punto. A quinientos años de la Reforma, podemos reconocer que la caridad ecuménica es el mejor camino, que comienza a dar sus mejores frutos.

*Mons. Víctor Manuel Fernández
Rector de la UCA*